

que gira sobre su cabeza, y á compararlo, dominado por la triste melancolía que rebosa de su apesadumbrado corazón, á su soledad y triste abandono. Es menester que contemple la imagen de aquellos seres encantadores, de aquellos rostros hermosos, de aquellas miradas, de aquellas sonrisas, él que se halla solo, separado de los suyos, que no tiene á su lado un rostro de mujer que le sonría, que no puede estrechar una mano amiga, y que tal vez, para mayor pena, tendrá clavada en la memoria una negra cabellera y dos ojos modestos que en días más felices hacían estremecer de amor su alma apasionada. ¡Oh, sí! En medio de aquellas cabezas adornadas de flores y pedrería, sueña en ella, contempla aquella trenza desnuda de camelias y de piedras preciosas.

— Cabo de guardia.

— Presente.

— ¿Quién es el que está de centinela?

— Fulano.

— Está bien.— Me lo daba el corazón: un recluta. ¡Pobre muchacho! Hace pocos días que se halla en el regimiento, y no ha podido, por tanto, acostumbrarse á esta nueva vida: su corazón y su cabeza están todavía al lado de su madre, y echan de menos la apacible tranquilidad de la vida doméstica: no es que le preocupe poco ni mucho el pensamiento de la vuelta á su casa, y dado que cruce por su mente, constituye el pensamiento de una felicidad tan remota... Aún no tiene amigos en el regimiento; todavía ha de sufrir los motes y las burlas de los soldados viejos y las primeras pruebas de la disciplina, que son las más dolorosas: ni una voz cariñosa, ni una palabra dulce, ni una sonrisa, nada: siempre palabrotas mal sonantes, amenazas, caras foscas. Después de otra hora pasada allí, vendrá aquí, cansado y humedecido, lleno de frío y de sueño, y no tendrá para descansar más que un mal tablado, en el cual dormirá con sueño penoso é interrumpido, y se verá despertado por un puñetazo en las

piernas, ó un puñado de nieve en el rostro. No dispone de fuego para secar su vestido, ni de una gota de vino para reanimarse, ni de un poco de tabaco, y ¡quién sabe! tal vez ni de un céntimo para comprarlo. Juraría que en este momento sufre. Quiero saberlo. Quiero convencerme por vista de ojos... ¡Pero no!... ¿Y por qué no? Sí, quiero ir á verle... ¿Y si voy?... ¿Y por qué no he de ir? ¿Qué mal hay en ello? ¡Quiero ir!

Y fuí. Pasé junto á la garita; miré dentro: estaba oscuro: no me fué posible verle el semblante. Retrocedí unos pasos, vacilé un momento, y pensé:

— Cuando el ánimo se halla agitado por un afecto intenso, sea doloroso ó placentero, es imposible que la primera palabra que se pronuncia de repente, después de un largo silencio, no se halle impregnada de aquel afecto, y no lo exprese. Probemos.

Acerquéme de nuevo á la garita, y me detuve delante de ella. Advirtiéndolo el centinela, se enderezó y avanzó hasta el dintel. No le veía el rostro, ni él distinguía el mío. Con acento estudiado de indiferencia, le pregunté:

— ¿Tienes frío?

Vaciló un momento, y después dijo:

— No señor.

No necesité más: en aquella voz se percibía un ligero temblor: no cabía duda; por lo que á mí toca no había juzgado mal, había leído en su corazón.

— ¿De veras no tienes frío?

— Lo que es frío, ... un poco, es natural; pero no es cosa mayor... así, así.

¡Pobrecillo! y estaba helando! ¡Aquel honrado muchacho temía cometer un acto de indisciplina con decirme que helaba! Como si hubiese sido él, ó hubiese sido yo el que hubiese provocado la caída de aquella nieve, que cubría sus pies y debía tenérselos sabe Dios cómo, pero de seguro hechos un

carámbano. Me plugo tanto su respuesta... ¡Pobre joven! Y no se me hable á mí de separación entre oficial y soldado en tales momentos: el corazón no tiene galones como el chacó. Imposible permanecer indiferente, como no se tenga hecha el alma de piedra berroqueña. Pero deseando, por una parte, que no se diera cuenta de que había ido á desempeñar el papel de consolador compasivo, y no queriendo, por otra, dejarle sin haber fortalecido su corazón con media docena de palabras de amigo, corté por lo sano, y preguntéle:

—¿Te falta mucho para que te releven?

—No lo sé, mi teniente... con la música no se oyen las horas del reloj vecino.

—Ya.— En efecto (rompí á hablar) la verdad es que estar aquí, á pie firme, á esta hora y con este tiempo endiablado, no tiene nada de agradable; pero qué le hemos de hacer, es nuestro oficio, y malo como es, debemos tomarlo, no queda más remedio. Y lo de ahora, créeme, son tortas y pan pintado. Peores las hemos de ver si se declara la guerra. Aquello sí que tiene tres pares de bemoles. Cuando se presta servicio en las avanzadas, por ejemplo, en medio de un bosque oscuro, debajo de una llovizna que cala el uniforme y la piel, y penetra hasta los tuétanos, solo, abandonado, sin descubrir más terreno que el que se tiene debajo de las narices, y es preciso permanecer en el puesto, firme, tieso como un huso, con el ojo avizor y el oído alerta, porque el enemigo se halla á muy corta distancia y puede echarse encima cuando menos se piensa, y después de una noche entera pasada de este modo, se vuelve al campamento, y no se encuentra con qué matar el hambre, y no hay dónde dormir y no queda más remedio que tenderse sobre el fango, ó encima de las piedras, ó sobre la hierba empapada en agua, entonces sí que se aprende lo que tiene de malo la vida. Esto de ahora no vale nada. Y sin embargo, aquella vida llena de peligros y de incomodidades, los bravos soldados la sobrellevan con

buen ánimo, sin quejarse nunca, y cuando pueden dormir, duermen; y cuando no pueden, paciencia, que peor podría ser; y cuando hay pan, ¡viva el pan! y cuando no lo hay, se ayuna, y adelante siempre, sin que por esto se críe mala sangre. ¿Y sabes por qué? Porque se vive entre buenos amigos y bravos camaradas, y se tiene la convicción de que cumpliendo con los deberes que la vida del soldado impone, se cumple con la obligación que todos tenemos de defender el pueblo en que hemos nacido y crecido, en el cual tenemos la casa, y la familia, y los amigos, y... la novia, es decir, lo que tenemos en más estima y respeto de todo cuanto existe en el mundo: ¿comprendes? Y la mera convicción de que se cumple con el deber, basta á los soldados valientes para que ejecuten verdaderas proezas. ¡Vaya si basta! Recuerda sinó, cuántos soldados han expuesto su existencia para salvar la de los desgraciados que, arrastrados por las aguas, en aquellos sitios en que suelen bañarse las gentes en verano, no han vacilado en arrojarse al río. ¿Y qué premio, qué recompensa han alcanzado esos soldados, que exponían á sabiendas su propia vida, para librar de una muerte segura á personas que ni de vista conocían? Ninguna: digo mal, sí, una muy grande: por un lado la gratitud eterna de la persona salvada; por otro, la convicción íntima de haber cumplido con el deber, y esto basta al hombre honrado. ¿Y qué diré de los soldados que se emplean en la persecución de los forajidos? No hay día en que no perezca uno; ¿y quién lo sabe que haya muerto? ¿quién recuerda su nombre, fuera de los individuos de su familia? Y con todo esto los soldados de que hablo soportan sin quejarse aquel servicio aporreado y penoso por demás, en medio de los bosques, de las montañas, de los despeñaderos, porque saben que con ello cumplen con su obligación. Y la guardia civil, que al cabo y al fin está constituida igualmente por soldados, que presta su servicio por parejas, en el campo, en los caminos y carre-

teras, de noche, con lluvia, con viento, con frío, lo mismo en los rigores del estío que en los del más crudo invierno, expuestos á morir de un balazo disparado á traición por los facinerosos á quienes persiguen, apostados en un recodo ó entre las malezas? ¿No es también una vida terrible la que llevan los guardia civiles? Y sin embargo, la practican con heroísmo y verdadera resignación, porque saben que con ello cumplen su deber. Y otro tanto puede decirse del centinela. De noche, en una noche como la de hoy, ¿quién le ve al centinela envuelto en su tosca manta, metido en su incómoda garita, inmóvil y silencioso? ¿quién se ocupa de él, quién piensa en el centinela, quién se acuerda del santo de su nombre? Nadie, absolutamente nadie. Y con todo, el centinela permanece en su puesto firme, de buen grado, sin chistar ni maldecir de su suerte, sino pensando: — Todos duermen, en tanto que yo velo; pero velo para que los otros puedan dormir; porque si no hubiese centinelas, no habría quién durmiese de puro miedo. Mi garita, menguada y estrecha, protege los palacios más suntuosos: si hay quién cante, y quién alborote y quién se divierta, es porque los que tal hacen están persuadidos de que yo callo y vigilo y estoy alerta: mi burda manta de lana protege los vestidos de raso y terciopelo que lucen las señoras que asisten al baile: estas sombras y oscuridades protegen aquellas luces y resplandores; mi silencio, aquellos rumores armoniosos. Del convencimiento de esta verdad, en el cual fijan muy pocos la atención, del cual son muchos los que jamás se han preocupado, y que, sin embargo, debería estar siempre vivo en la mente y en el corazón; del convencimiento de esta verdad debe sacar fuerzas el soldado, y comprender que en este sentimiento reside la más preciada recompensa á sus virtudes y sacrificios. ¿Lo comprendes?

— ¡Oh sí, mi teniente!

La voz temblaba, procedía en línea recta de lo más íntimo

de su corazón, y había hallado un obstáculo en su garganta. Comprendió y proseguí diciendo:

— Y cuando al cabo de cinco años, de cinco interminables años, durante los cuales, todos los días, todas las horas, todos los minutos se ha estado haciendo el sacrificio de la propia voluntad, de los propios deseos, de los afectos, de los hábitos, de los pensamientos, de todo, en una palabra, sacrificios que se han prestado en aras del cumplimiento al propio deber, á la bandera que hemos jurado, á aquellos tres hermosos colores, que debemos tener en más que á nosotros mismos, que á nuestra vida, que á cuanto existe en el mundo; cuando pasados cinco años transcurridos de esta suerte la Patria te dice: — Basta ya; has cumplido como bueno, devuélveme el fusil que puse en tus manos, con el cual has defendido mi honor y mi vida, y regresa á tu casa en la cual te aguarda tu madre con los brazos abiertos y tus hermanas que te quieren, y otra mujer que te ama y que todas las noches se asoma á la ventana para mirar el camino por donde deberás volver... Créeme: la satisfacción de poder arrojarse entre los brazos de la anciana madre, con la convicción profunda de haber cumplido como bueno, y penetrar bajo aquel humilde techo con la frente levantada y llevando en las manos las señales que ha impreso en ellas el contacto diario con el fusil, créelo, repito, constituyen una dicha, una satisfacción, una felicidad, como no las hay iguales en la tierra. ¿Lo comprendes?

— ... ¡Mi teniente!

— Y ya de vuelta á casa, durante la velada, cuando la luna difunde por todas partes su luz tibia y blanquecina, se vuelve á bailar en la era, como en otros tiempos, que son aquellos los bailes que más nos placen, ¿verdad?

No contestaba.

— ¿Es verdad, sí ó no?

— ¡Oh, sí, sí! — exclamó aquel pobre soldado con una

voz de la cual me sería imposible reproducir el acento, con sonar aún en lo más profundo de mi alma, cual si acabara de oirla en este mismo instante.— ¡Oh, sí que es verdad, mi teniente!... ¡Sí que es verdad!... Lo es... Lo...

¿Sabéis por qué se interrumpió? Porque enternecido, agitado como se hallaba, impulsado por el afecto, ¿qué sé yo? de la gratitud por mis fraternales palabras, el honrado muchacho olvidó por un instante que yo era oficial, que él no era más que un pobre recluta, había extendido un brazo hacia mí; pero rehaciéndose repentinamente, habíalo retirado no con tanta rapidez, sin embargo, que su mano extendida no rozara suavemente la manga de mi capote.

— ¿Eh?... — dije.

Avergonzóse, se confundió, y murmurando con no poca timidez no sé qué excusas, retrocedió hasta el fondo de la garita. Parecióme que respiraba con gran dificultad. Acaso estaba sollozando.

Alejéme de aquel sitio con el corazón profundamente conmovido. ¡Sentíame tan satisfecho de mi propia acción! Miré de nuevo las iluminadas ventanas: de nuevo hirieron mis oídos los sonos de aquella música en la cual hacía largo rato que no fijaba la atención, penetré con la mente en aquellos salones,... ¡Bah! ¡Imágenes pálidas y difumadas!

— ¡Qué valen—pensé—esos goces y esas dichas, comparados con los que embargan mi alma en este instante!

EL CAMPAMENTO

UNA hermosa pradera, llana, vasta, rectangular, limitada por sus cuatro lados por un foso y un vallado de malezas, cubierto de una espesa alfombra de verdura sembrada de innumerables margaritas. Más allá del foso de uno de los lados, un espeso bosque de moreras, encinas y castaños, y más lejos aún, sobresaliendo por encima de aquella mancha, una colinilla de suave pendiente, verde también y salpicada de árboles frondosos y casitas blancas. Á la mitad de la falda, un grupo de casas más elevadas y de aspecto más elegante, dominadas por un campanario esbelto y ligero, y acá y acullá, en todas direcciones, quintas lindísimas y diminutos palacios, oteros cuajados de flores, y largas avenidas flanqueadas de pinos, y grupos de sauces, y senderos tortuosos y enarenados, y aquí y allí, estatuillas de mármol, y juguetones surtidores y fuentesillas, medio escondidos entre los árboles y la maleza. Delante de la pradera y á lo largo del lado opuesto al bosque, se extiende un cómodo camino de arrecife, que en suave pendiente llega hasta la aldea, después de haber rodeado gran parte del bosque. En dicha pradera ha establecido sus tiendas un regimiento.

Situémonos en la carretera y desde ella contemplemos el campamento. Partiendo de la línea marcada por el foso, y á unos veinte pasos del mismo, extendiéndose hasta el opuesto